

**Evangelina Osio**  
**Para danzar su vida**  
**Tiempo libre, agosto 1992**

*¿Qué sucedería si en lugar de limitarnos a construir nuestra vida,  
tuviéramos la locura o la sabiduría de bailarla?*

*Roger Garaudy*

Pilar Medina nos ha acostumbrado a que pensar con el cuerpo y hablar con toda su humanidad es parte de su esencia. Que deslizarse por la vida a través de la danza es una de las formas –su forma– de trascender, de construirse, de ser.

Esa sensación revivió en mí el ritual con el que esta singular artista emprende con nueva elevación el vuelo dorado de su arte. Remozada y vigorosa se nos muestra espléndida. La experimentación permanente ha dado frutos. La experiencia derivada, así adquirida, da una fluidez enorme a esta nueva creación, hasta cuajar en una reciedumbre múltiple. Ahora sabe tensar el arco y dispara con certeza en la consolidación admirable de un oficio. Enriquecida y pródiga, es capaz de crear un diálogo estrecho; una atmósfera donde la comunión y el entendimiento se alían armoniosamente.

No creo exagerar si afirmo que *El águila dorada* es su mejor trabajo, o se encuentra a la altura de sus memorables *Bodas del quebranto*, pieza autobiográfica en la que da muestras de una sensibilidad extrema.

Si fuera necesario definir la estética de Pilar Medina, se podría decir que su regla de oro es la libertad de formas.

Apoiada en el flamenco, no hay en ella, empero, ningún encajonamiento en un sistema plástico -y sin embargo ha desarrollado el propio-, ninguna concepción apriorística que engarce la imaginación en un modelo de una vez por todas. Lo único que se presenta como riguroso es una clara voluntad de comunicación. Su especialidad: una intensa mística hiperfemenina, de la que aflora un vasto catálogo de emociones.

*El águila dorada* es, por decirlo de algún modo, como una tienda llena de rincones, nichos, gavetas y baúles de donde surgen, sorprendidos, un sinfín de recuerdos y anhelos, con todo y sus esplendores. ¿Cómo no advertir a la artista en este momento de plenitud creativa; su control sobre la dramaturgia, ritmo y estructura; su dominio de la técnica, una capacidad histriónica depurada, su musicalidad? ¿Cómo no sentir el erotismo poderoso, la melancolía femenina, sus guiños, sus juegos, su alegría, su ternura, el pasmo ante el latir del mundo y del propio corazón, la conciencia de la soledad humana frente a la soledad de las cosas?

Construida como una trilogía, *El águila dorada* está armada con formas, colores, arpegios y sensaciones. Es la vía para que se desarrolle no la historia de una conciencia, sino la metamorfosis de una sensibilidad. Retazos de vida que de pronto se condensan en expresiones centellantes. Al rojo vivo, muy alto, *El Águila...* inicia justo con *Quebranto*, fragmento climático de aquellas *Bodas*. La Medina se reafirma, no hay ruptura. Pulida y concentrada, se torna más brillante, más sobria y profunda. Tampoco desaparece el gusto por las innovaciones rítmicas o danzables. Al contrario, sacudida de los hilachos y estereotipos que la habían menguado, aquí su gestualidad y movimiento son más osados y seguros: plenitud, soltura, fluidez, sorpresa continua de un lenguaje en perpetua agitación; y sobre todo, comunicación entre el gesto, la danza, los símbolos y los trozos de una vida que ha sabido transformar en poesía. Y lo ha hecho apostando a la danza, haciendo renacer a la bailarina que tanto hemos apreciado.

Yo diría que es una creadora que tiene la conciencia de su fatalidad. Quiero decir: sabe que compone y baila porque una vez enfundada en sus zapatillas no tiene más remedio que hacerlo, está predestinada –y lo asume–. Es cómplice de su fatalidad, y su juez. No cesa de avanzar hacia adentro de sí misma, y no deja de preguntarse si avanza realmente. Así la suma de sus obras puede verse como una biografía espiritual, sucesión de momentos vividos y reflexión sobre esas experiencias vitales. La percibo como a los poetas malditos: muy inclinada sobre sí misma, muy abstraída en su propia singularidad. Y en esa su solitaria reflexión se proyecta hacia nosotros y nos hermana, nos acerca. Tal vez por esto su obra es un testimonio claro de la circunstancia del

individuo moderno. Estamos condenados a una soledad promiscua y nuestra prisión es tan grande como el planeta.

El amor es una constante en sus obras. Amor en el quebranto, en el dolor por la pasión que concluye. Con maestría transita por un mundo pletórico de símbolos; poetisa capaz de trazar un universo de metáforas y de alegorías. Un largo velo, como si se tratara de una novia eterna que carga con la fatalidad del permanente estallido. ¿Una maleta, una lápida, un adiós, un final? Qué más da. Es una *Brevedanza para un largo adiós*. También su *Águila* se transforma en una contemplación de los poderes terrestres, una meditación sobre la posibilidad siempre latente de emprender el vuelo, de elevarse y llegar al mundo de los dioses, de alcanzar otras formas de existencia. Y en oposición, el *Martinete*. ¿Arraigo a la tierra, a la madre fértil, al semen de la vida, al hijo, a la lucha permanente, al propio cuerpo y sus limitaciones... a la soledad?

Estamos frente a una mujer que se da por entero en cada gesto, en cada objeto utilizado, en cada paso. Habilidosa al extremo, se vale del zapateado, de los giros, del floreo de las manos, y los mezcla con un lenguaje que por momentos se asimila a la danza contemporánea. Amalgama de estilos dancísticos, siempre dentro de los cánones de la teatralidad. El saldo: un hibridismo jugoso y colorido, tan seductor en su magnificencia visual como auditiva.

Pensar con todo el cuerpo y hablar con todo el cuerpo es una forma de reflexionar, de ver y asumir la existencia. Pilar Medina ha decidido o ha tenido la locura o la sabiduría –o tal vez nació– para danzar su vida.

[Pie de foto: Pilar Medina presenta *El águila dorada*; jueves y viernes (20:30); sábado (19:00); domingo (18:00 horas), Museo Rufino Tamayo (Paseo de la Reforma y Gandhi, Chapultepec).]